Autores: Santos Fernández Fanjul - Arcadio Alonso.

EL PADRE JUAN ALONSO —NIETU DE XUAN DE NÁ— TIERRA DE NUESTRA TIERRA

A comienzos del año 1981, el 15 de febrero, la muerte martirial correspondió al padre Juan Alonso Fernández. Había nacido en Cuérigo, localidad del Concejo de Aller en Asturias, el día 29 de noviembre de 1933. Su profesión religiosa en la Congregación de los M.S.C. tuvo lugar el 8 de septiembre de 1953 y su ordenación como sacerdote el 11 de julio de 1960. Ese mismo año partió para la misión de El Quiché donde trabajó tres años antes de desplazarse temporalmente como misionero voluntario a Indonesia. De regreso a Guatemala su labor pastoral se desarrolló en la llamada Zona Reyna, en la parte norte de El Quiché, teniendo como centro de sus actividades la localidad de Lancetillo. Fue detenido por unidades militares, torturado, y finalmente ametrallado en el paraje denominado la *Barranca*, cuando se dirigía a Cunén a celebrar la Eucaristía.

A finales del pasado 2020 y una vez conocida la noticia de que el Papa Francisco había ya decidido la beatificación del misionero allerano mártir Juan Alonso, su hermano Arcadio decidió publicar en homenaje a él y también como expresión del reconocimiento popular a una persona que honra y enaltece al Concejo en un ensayo titulado Tierra de Nuestra Tierra. En él actualiza y completa escritos anteriores en que ya había analizado, y comentado, aspectos varios de su historia personal y perfil humano, a la vez que se exponían las diversas etapas de su labor misionera y las múltiples actuaciones e iniciativas promocionales en favor de las comunidades indígenas que le fueron confiadas en el Departamento El Quiché, en Guatemala. Su presencia ahí se prolongó, con un breve paréntesis de trabajo pastoral en Indonesia, desde septiembre de 1960 hasta el momento de su muerte martirial el 15 de febrero de 1981.

Como miembro del consejo editorial de Estaferia Ayerana, me complace compartir con nuestros lectores algunos de los comentarios y reflexiones que, después de un dialogo reposado con el autor del ensayo, entiendo que pueden ser sugerentes, estimulantes y aleccionadores.

—*Antes de abordar cuestiones relativas a su labor misionera dedicas algunos apartados al periodo de su infancia y adolescencia, subrayando en particular cómo su arraigo en el medio familiar dejó huellas profundas en él.*

—Sí, es cierto. El hecho de haber tenido que convivir con nuestros abuelos maternos durante los convulsos y difíciles años que precedieron, acompañaron y siguieron a la contienda civil, en una casona antigua y con recursos materiales muy escasos, no impidió que e creara y mantuviera un auténtico clima de hogar que compensaba cumplidamente los inconvenientes de aquellas condiciones precarias de existencia. Digo precarias porque nadie ignora que en las aldeas de aquella época —la nuestra entre ellas— los candiles sustituían a la luz eléctrica, los calderos el agua corriente, los jergones de hojas de maíz a los colchones de lana y el escaño a la mesa de cocina. Asimismo, el fogón de leña hacía las veces de cocina y calefacción, la palangana

1 / Delante de casa paterna de Cuerigo.

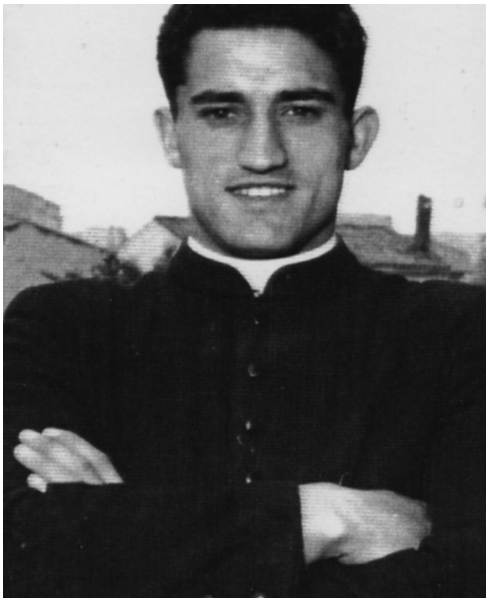
y la bacinilla suplían a medios más sofisticados de aseo personal y las modestas madreñas de madera o las sufridas alpargatas a los zapatos y a las botas. Pero fue en ese entorno, tan condicionado por las limitaciones, penurias y privaciones que imponían las circunstancias, donde Juan aprendió, por experiencia vivida, lo que significaba formar parte de una familia en la que todo era compartido: el pan, el trabajo y la fatiga, los afanes cotidianos, el empeño por seguir adelante, el apoyo a los convecinos, la voluntad de mantenerse unidos.

—*¿Qué valoración hacía Juan del hecho de que fuera conocido entre las gentes del pueblo como «el nietu de Xuan de ná» ¿Y qué pensaba la familia?*

—No se trataba en modo alguno de una expresión de desdén o menosprecio sino más bien de un modo directo y llano de constatar el hecho de que nuestro abuelo no tenía casi ninguna propiedad y que llevaba en renta, o «a medias», prados, terrenos de cultivo o parcelas de monte. En suma, que no pasaba de ser un modesto y sencillo paisanín de aldea, denominación que Juan consideraba preferible a cualquier otro posible título de alto linaje o jerarquía social. Hablar de «Xuan de ná» era pa la familia una manifestación de afecto, de adhesión cordial a su persona e incluso de admiración a su laboriosidad, a su talante abierto y servicial, a su calidad humana. Nuestro padre Alejo, con una buena formación intelectual y fina percepción de lo que hay detrás de las apariencias, veía en él un exponente ejemplar de aquellos «corazones labriegos» que Ortega y Gasset afirmaba haber sentido latir en los aldeanos de Asturias y a los que atribuía una profundidad de pensar y sentir que rara vez encontraba en las cátedras universitarias.

—*Haces también una mención muy elogiosa de dos maestras y un sacerdote de Aller que, por diversos motivos, influyeron positivamente en la orientación de su vida.*

—Esas maestras, cuyo recuerdo sigue vivo todavía hoy, fueron Dª Remedios y Dª Maruja («maroto»). Con una formación excelente, experiencia profesional y notables dotes pedagógicas, supieron hacer frente a las penosas condiciones en que desarrollaban su trabajo en la escuela de la aldea, suscitando en los alumnos interés por el estudio, la voluntad de esforzarse en su formación y e afán espontáneo de implicar a los padres en el proceso educativo y de aprendizaje de los escolares, fomentando en ellos la disponibilidad para hacer propios los valores tradicionales de la vida rural y participar en la tarea de ir normalizando las relaciones de convivencia, muy deterioradas a casa de la guerra civil.



El sacerdote a que aludes y que alentó la vocación misionera de Juan fue D. Valentín de Lillo, párroco de Vega durante más de cincuenta años, muy conocido por sus dotes intelectuales, la amplitud de sus saberes, la defensa constante de la causa obrera y sus múltiples actuaciones en favor de la reanimación cultural y la promoción social del Concejo. En diversas ocasiones hizo Juan referencia explícita a la honda impresión que dejaron en él las últimas palabras que dirigió a los fieles de la parroquia de Cuérigo el día de la fiesta patronal (15 de agosto de 1950). Consciente de que su muerte estaba ya muy próxima, quiso hacer público en aquellos momentos lo que él llamaba «mi legado religioso testamentario» y que resumía en estas breves palabras: «la vida ye pa dala, amigos, ye pa dala, ye pa dala». De ellas dejó constancia escrita Juan en su «Diario misionero».

—*Al exponer las últimas etapas de su proceso de formación, explicas cómo fue tomando conciencia de los que implican la opción personal por el sacerdocio y vivencia real de una vocación evangelizada y misionera al que sentía llamado. ¿Cómo afrontó finalmente el desafío que todo ello supone?*

—La respuesta la de Juan mismo al elegir como lema o idea-guía el día de su ordenación sacerdotal estas palabras de 8. Pablo a los fieles de Corintio: «En Cristo no hubo sí y no: hubo solo sí» (2 cor.1,19). Estas tres últimas palabras, en su versión griega (Naí en autô) fueron desde entonces la clave fundamental que dio sentido a sus proyectos misioneros y actuaciones promocionales en favor de las comunidades indígenas que le fueron confiadas a su llegada a El Quiché y con las que convivió a lo largo de veinte años. Supo por experiencia propia hasta que punto es preciso renovar cada día este sí explícito para no ser víctima del desaliento, el cansancio o el sentimiento de fatalismo e impotencia que en muchos casos conducen al abandono y a la deserción. La fidelidad a ese sí irrevocable a las etnias mayas con las que compartía trabajos y angustias y a las que intentaba alentar y reconfortar con su presencia, encuentra su última formulación en la carta que me escribió el doce de febrero de 1981, tres días antes de ser sometido a torturas y finalmente asesinado. Decía en ella: «sé que mi vida corre peligro, pero por miedo jamás negaré la presencia entre mis gentes». Ese fue el final de un testigo del Evangelio de Cristo que vivió y murió desde la certeza de que no hay forma más convincente de anunciar la verdad que se profesa que decirla con la propia existencia, con el don de la propia vida.

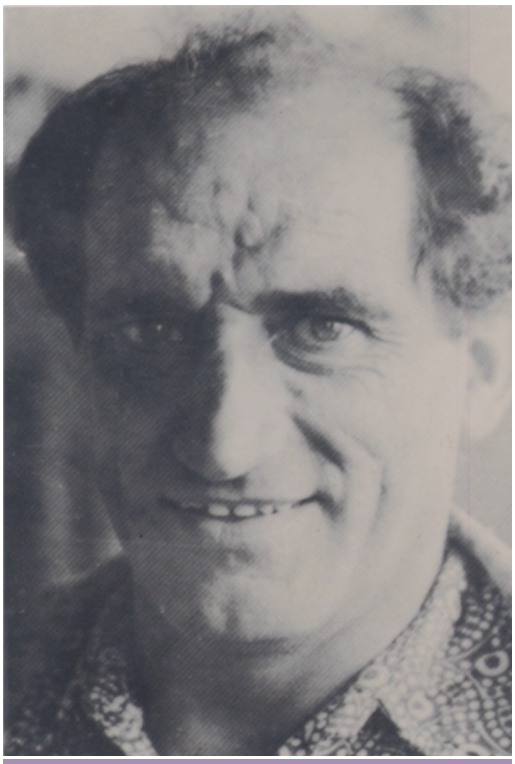
—*Cuando hablas de Juan y sus compañeros mártires de El Quiché estas haciendo referencia a un Departamento situado al noroeste de Guatemala. Resume brevemente algunas de sus peculiaridades más características.*

—Se trata de un territorio que tiene una extensión de ocho mil trescientos km² y que, en las décadas finales del siglo pasado, que es la que tenemos presente en el Ensayo, estaba poblado por algo más de medio millón de habitantes. Es la tierra originaria de varios grupos étnicos mayas, con su cultura e identidad propias, que conviven con los mestizos (ladinos en su terminología) y otros colectivos humanos de diversa procedencia. Dentro del contexto nacional guatemalteco ha sido durante largos períodos de tiempo, y sigue siéndolo, la zona más pobre y marginada de Guatemala, viéndose forzados muchos de sus habitantes a desplazarse hasta la lejana costa sur, café, algodón y otros productos similares. Durante los años más conflictivos que vivió el país, entre 1976-1984, bajo gobiernos militares dictatoriales, fue también el territorio más afectado por la represión implacable del ejército, las masacres indiscriminadas de campesinos y personas que los apoyaban, el expolio de sus tierras y bienes a las familias indígenas y, en suma, la vulneración arbitraria de los derechos humanos más elementales. En ese contexto de violencia política, convulsión social e inseguridad jurídica es donde se enmarcan los asesinatos de Juan y sus compañeros mártires que recientemente han sido beatificados.

—*El volumen que hiciste público lleva el título de «tierra de nuestra tierra». No parece haber sido elegido arbitrariamente, sino que es más bien un intento de transmitir un mensaje, de hacer llegar al lector sentimientos compartidos por un determinado grupo humano.*

—Efectivamente, así es. Después de la muerte de Juan, las cartas de pésame que enviaron a la familia autoridades religiosas y civiles, gentes del ámbito de la cultura o personas representativas de las comunidades indígenas, hacían referencia al hecho de que por la muerte martirial de Juan en favor suyo era para ellos «tierra de nuestra tierra». Manifestaban así que reconocían su identificación con ellos, que era ya parte viva de su historia, «porción sagrada de nuestra herencia maya», según la bella expresión del escritor nativo H. Ak´abal. Porque para la cultura maya tierra no es sólo el espacio físico natural, o el suelo en que germinan los cultivos y ofrece otros productos para la subsistencia. Es también, y, sobre todo, el recinto de la memoria colectiva, el hogar de la historia común, a la que asocian los vínculos con los antepasados y la comunión compartida con la madre naturaleza, que son elementos constitutivos de su identidad como pueblo. Entendida desde esta mentalidad, el hecho de reconocer la pertenencia de Juan a esa tierra era sin duda el homenaje más alto que podían rendir a aquel misionero mártir.

2 / Modo de transporte habitual en Guatemala.
3 / Septiembre 1960 antes de ir hacia las misiones .



4 / Herida en la frente y mirada confiada: una invitación a continuar trabajando por el futuro de los indígenas.

—*En el viaje que hiciste a El Quiché en el 2011, con el fin de visitar a las aldeas y comunidades en que había desarrollado Juan su labor misionera y promocional, dices que lo llamó más vivamente tu atención fue que después de haber pasado ya entonces treinta años de su muerte, el recuerdo de Juan seguía muy vivo en la mente y el corazón de los diferentes grupos étnicos.*

—Se cumplía ese año el trigésimo aniversario de su muerte y esa sensación de presencia fue particularmente intensa en la aldea de Lancetillo, enclavada en el corazón de la selva y en la que Juan vivió durante la mayor parte de sus años de acción misionera. Él fue quien, con la ayuda de nativos voluntarios y el apoyo de asociaciones de diversa procedencia, construyó la Iglesia, la escuela, el dispensario médico, la casa de acogida, así como un recinto para el ganado vacuno que consiguió gracias a la ayuda de Fred Harder, representante en Guatemala de Heifer Project International. Como manifestación espontánea de homenaje a él y de afecto a los que les visitábamos, cantaron durante la ceremonia religiosa uno de los himnos que han compuesto en su memoria y que es a la vez evocación del pasado vivido a su lado y reencuentro actual con él:

Cuando estábamos en la oscuridad, Vos nos iluminaste.
Cuando nos acosaban y perseguían, Vos estabas a nuestro lado.
Tu palabra y tu trabajo levantaron nuestro corazón postrado,
y al final, amigo Juan, con tu sangre nuestra tierra regaste.
Sigue con nos, pastor y mártir, sigue con nos.

—*El testimonio martirial, aparte del significado religioso que tiene para un cristiano en cuanto afirmación de la fe que se profesa y expresión suprema de amos, ¿no interpela también a personas o grupos con honda sensibilidad moral y actitudes abiertamente solidarias, más allá o más acá de creencias, ideologías o convicciones de diferente signo?*

5 / Tumba de Juan Alonso en Chichicastenango
(17-febrero 1981).

—Ateniéndome a las manifestaciones orales y escritas que se me han hecho a propósito de la historia personal de Juan y su desenlace doloroso y a la vez digno de admiración, entiendo que no puede cuestionarse ese planteamiento. Salir al encuentro del marginado e indefenso, comprometerse en favor de colectivos humanos sometidos a opresión política, explotación económica o exclusión social, defender sus derechos y luchar por su dignidad sus opciones de vida que unen y aproximan, crean espacios nuevos de entendimiento y colaboración, ponen en movimientos resortes que posibilitan seguir avanzando en ese empeño común que llamamos proceso de humanización. En este sentido, es acertada y muy estimulante la afirmación compartida por pensadores eminente contemporáneos y según la cual «todo lo que asciende, converge».

—*Como hermano y confidente de Juan, ¿hay algún rasgo de su perfil humano que valoras o admiras especialmente?*

—Por supuesto, la fidelidad al sí a su vocación sacerdotal y misionera, entendida como servicio incondicional y don de sí mismo que culmina en la ofrenda martirial de su vida. Paralelamente, y como actitud ejemplar complementaria, destacaría du voluntad decidida de no acostumbrarse a ser sacerdote y misionero, intentar recuperar cada día el impulso gozoso inicial, sin ceder al cansancio, la desgana, la repetición o el automatismo conformista. Este modo de pensar y sentir es también válido, a mi entender, para cualquier oficio, profesión o estado de vida, desde el más humilde al más excelso, para que la fuerza del hábito o la tendencia hacia la inercia no ahoguen la creatividad de la persona ni su disponibilidad para abrirse a posibilidades nuevas. Juan recordaba con frecuencia la afirmación de Unamuno de que «acostumbrarse es comenzar a no ser».